

LA IZQUIERDA EN FRANCIA

EL partido comunista y el socialista de Francia han convenido unas bases comunes, un programa de gobierno que ofrecer a los electores. Es un acontecimiento. Un acuerdo semejante no sucedía desde el Frente Popular 1936-1938; los gobiernos provisionales de la liberación incluyeron ministros comunistas y socialistas, y en 1948, a raíz de la concesión del Plan Marshall, los comunistas fueron expulsados del Gobierno, y el partido socialista francés apareció como el más clara y deliberadamente anti-comunista de Francia. Además de las oposiciones clásicas les separaron ya los temas concretos de la guerra fría, y muy especialmente la concreta política atlántica y europeísta, con carácter antisoviético, del partido socialista. A partir del final de la guerra fría y del entramado inexpugnable de la derecha francesa, socialistas y comunistas han llegado a pequeños acuerdos tácticos de carácter electoral, pero sin ninguna unidad programática. Sus disputas han sido más espectaculares que sus puntos de entendimiento. Sin embargo, los lentos progresos han llegado a cuajar el 27 de junio en el acuerdo Mitterrand-Marchais, que debe ser ratificado por los dos partidos, en reuniones separadas, el domingo próximo, 9 de julio.

EL programa común está muy lejos de ser un nuevo Frente Popular. Las otras fuerzas de la izquierda no se han sumado; incluso lo critican violentamente. Los partidos a la izquierda del comunista —los «grupúsculos», los «gauchistes»— lo consideran un nuevo abandono comunista del frente revolucionario; las concesiones hechas por el partido comunista son numerosas y son importantes. Se le acusa de inscribirse en el sistema: se le acusaba ya hace años. Y las fuerzas situadas a la derecha del partido socialista reprochan a éste con el reproche que siempre se ha hecho en estos casos: serán devorados por el partido comunista, enormemente más fuerte y mejor organizado. Una vez más se dice que las alianzas de los comunistas son siempre coyunturales y que están siempre acechando las ocasiones que se puedan hallar para romper esos pactos y quedarse con la parte del león. Nada de esto encierra novedad: son temas que se empezaron a escuchar en la I Internacional de 1864 y no han cesado todavía.

LAS concesiones más fuertes que han realizado los comunistas franceses se refieren, sobre todo, al problema europeo. La cuestión atlántica no ofrece problemas: los dos partidos están de acuerdo en condenar el

sistema actual de bloques militares y no aceptan que Francia forme parte de la OTAN. Es un punto sin demasiado interés, ya que están también en el programa de la derecha gubernamental. Pero en lo que se refiere a Europa, los comunistas aceptan por primera vez oficialmente la idea de «participar en la construcción de la Comunidad Económica Europea», considerada hasta ahora como un elemento de penetración americana en Europa y de división del continente; la intención sería la de «democratizar» el Mercado Común, procurando que los acuerdos intereuropeos se hagan en beneficio de los trabajadores y no de los grandes capitales. El programa se opone a la supranacionalidad; trata de «preservar en el seno del Mercado Común la libertad de acción del gobierno de la izquierda para la realización de su programa político, económico y social». Este gobierno propondría una revisión del tratado de Roma con objeto de «democratizar el Comité económico y social de la CEE» y una revisión de los artículos «que conclieren a la defensa de los intereses de los trabajadores»; pediría una «orientación de la política agraria común», la «realización en común de grandes programas industriales» y «una programación a plazo medio»; propugnaría una «amplia apertura recíproca hacia los países del Comecon» (el Mercado Común de la Europa comunista), y favorecería «una cooperación política entre los países miembros de la CEE para realizar una política extranjera común».

¿COMO organizaría Francia, bajo este eventual gobierno de unión de la izquierda, su política interior? Renunciaría a las armas nucleares y a la «fuerza de disuasión» tan querida por este gobierno continuista —en este aspecto— de De Gaulle (que acaba de realizar un nuevo ensayo atómico contra el deseo y la opinión de todo el mundo), procedería a algunas nacionalizaciones —Bancos, seguros, industrias químicas y de armamento; el Estado tendría acciones en las industrias de acero, electrónica, petróleo, transportes: en realidad, una parte de estas industrias están ya nacionalizadas o son paraestatales—; cambiaría el sistema electoral por otro que fuese proporcional, más representativo; el Presidente de la República cedería gran parte de sus poderes, de forma que el régimen volvería a ser de nuevo parlamentario y no presidencial (como era antes de las reformas constitucionales del general De Gaulle), y por otros cambios en la Constitución trataría de dar, dicen, una mayor solidez democrática a Francia.

Los lentos progresos para el entendimiento entre los partidos socialista y comunista franceses han llegado a cuajar el 27 de junio en el acuerdo Mitterrand-Marchais, que debe ser ratificado por los dos partidos, en reuniones separadas, el domingo próximo 9 de julio.



e. haro tecglen



En primer término, Georges Marchais, y al fondo, François Mitterrand, durante las conversaciones que han conducido al mutuo acuerdo.

Las elecciones ante las cuales debe presentarse este programa, con los aditamentos que vayan surgiendo, se celebrarán en la primavera de 1973; quizá el Presidente Pompidou decida adelantarlas, incluso con la idea de que se celebren antes de que cuaje más esta «unión de las izquierdas» —vieja idea comunista, que Mitterrand ha asumido, sobre todo después de su viaje a Chile—; se habla en París de que la Asamblea podría disolverse en otoño. En esos momentos habría en Francia tres opciones visibles: la de la derecha degollista y posdegollista, que se configura cada vez más como un «movimiento», con sus tendencias interiores muy marcadas, con el fin de segregar su propia oposición, su propio izquierdismo, centrismo y derechismo, pero todas ellas muy sólidamente unidas a la hora de ocupar el poder y administrarlo; un centro en el que emerge sobre todo la figura de Servan Schreiber con el partido radical, probablemente el más viejo de Francia, con afeites y retoques que le modernizan a imagen y figura de su kennedista jefe; y esta unión de la izquierda que, por primera vez, supondría una alternativa al poder desde la posguerra. Los grupos extremistas de la izquierda y de la derecha continuarían teniendo, como hasta ahora, pocas opciones electorales y continuarían su acción desde «fuera del sistema»; con escasas posibilidades, en los dos casos, de tener acceso al poder, pero con bastantes de perturbarlo. Un gobierno de unión de las izquierdas hostilizado continuamente por los grupos «gauchistes» y amenazado de huelgas sindicales, más o menos salvaje, sería para el partido comunista una prueba por lo menos tan dura como la del largo ostracismo a que ha estado sometido —y aún lo está— desde 1948.

Esta unión le queda aún por pasar la prueba de las elecciones. Prueba doblemente difícil. Por una parte, los dos grandes partidos tienen que probar su unidad en ese caso concreto: una cosa es elaborar un programa común de gobierno y otra es enfrentarse con los casos concretos de la conquista de escaños, de municipios, de la dosificación de poder. La otra prueba es la de la reacción del elector. Los dos partidos creen que podrán sumar sus votos pasados más los nuevos que les suministraría un amplio sector de izquierda que se abstiene por falta de esperanzas o de programa común. Pero hay pronósticos muy contrarios. Hay pronósticos según los cuales los electores socialistas, en gran parte, abandonarían su partido porque no aceptan la unión y sus reflejos anticomunistas siguen siendo muy fuertes; estos votos se irían al centro, mientras muchos votos comunistas irían a favorecer a los «grupúsculos» o bien mantendrían una abstención desesperada al ver su viejo partido proletario inscrito en el sistema.

CUALQUIERA de estos pronósticos o de los muchos que se hacen en Francia en este momento es, por lo menos, muy prematuro. La importancia, digamos histórica —en el contexto de la política francesa y europea— de este acuerdo es de la que constituye el primer paso real de unión después de treinta y cuatro años de hostilidad y de graves disputas mutuas; se trata de saber hasta dónde llegará, si se romperá o no antes de las elecciones y, sobre todo, si resistirá después de una bastante probable derrota electoral. Esa será su prueba de fuego. El futuro de esta unión probablemente está más allá de las próximas elecciones.

La Capilla Sixtina

LOS PROFETAS EN SU TIERRA

El señor López Rodó ha sido, por distintos motivos, el repetido protagonista de una serie de últimos hechos políticos. Por ejemplo, ha asistido en Barcelona a la presentación de las tablas «input-output» de la economía catalana y ha aprovechado la ocasión para hacer unas declaraciones al «Noticiero Universal» en las que ha introducido un nuevo factor de análisis en el debate de ingreso o no ingreso de España en el Mercado Común. El señor López Rodó ha dicho que los problemas no son políticos, sino jurídicos. ¿Jurídico-políticos, tal vez? Político-jurídicos? ¿O jurídicos a secas? Semánticamente hay donde elegir.

Con todo y ser importante la contribución de este silencioso cerebro, nada gris por cierto, a la semántica política en vigor, me ha interesado mucho más una noticia que apenas si ha circulado. El señor López Rodó optaba a la presidencia de la Asociación Española de Ciencias Administrativas. Pues bien, el señor López Rodó no ha sido elegido por sus colegas. España está ahora muy bien dotada en especialistas en Derecho Administrativo: López Rodó, García Enterría, Villar Palasí, Entrena, Garrido Falla, etcétera, etcétera. Los especialistas en Derecho Administrativo han preferido elegir a Garrido Falla que elegir a López Rodó.

Curioso destino electoral el de los hombres del desarrollo. El señor Estapé no resultó elegido diputado por el tercio familiar de la provincia de Gerona. Y ahora el señor López Rodó no ha resultado elegido presidente de la Asociación Española de Ciencias Administrativas.

Un político-político de la oposición «leal» decía hace poco en una cena político-privada que el gran error de los políticos-técnicos era que habían cuidado poco la relación con las masas.

—Nadie sabe cómo llena un teatro el señor Blas Piñar, pero lo llena. En cambio, los políticos-técnicos no llenan teatros.

—En España es relativamente fácil llenar teatros... Yo más bien creo que los políticos-técnicos no quieren perder el tiempo con este tipo de procedimientos.

—Pues en su día pagarán el precio, no tienen figuras públicas.

—¿Qué día? De momento en España sigue siendo más importante controlar las llaves del la-

boratorio que las llaves de los teatros y las plazas de toros.

—De momento, Sixto, de momento.

De hecho, la no electividad de don Fabián Estapé (por cierto, viene al caso recordar que ha cesado o ha sido cesado en un cargo para el que fue designado) y del señor López Rodó es materia política de primera categoría. Claro que Estapé se presentaba en Gerona y hay un dicho repetidamente comprobado que asegura: **nadie es profeta en su tierra.** Pero en el caso de López Rodó o bien inventamos el dicho: **nadie es profeta en su profesión,** o bien buscamos las causas de su no elegibilidad.

Yo, con esa modestia natural que me caracteriza, no soy nadie para aconsejar a tan altos personajes. Pero me atrevería a aconsejar a los político-técnicos que se dejasen ver más, que no sean tan avaros de su sonrisa y su oratoria. Las escasas muestras de oratoria que nos ha regalado el señor López Rodó tienen la precisión y el monótono rigor del informe de un consejero-delegado ante la Junta anual de accionistas. Hay que echarle más calor y color al asunto. No es que me ponga ahora a pedir que el señor López Rodó incida en el temario y vocabulario «camp» de Blas Piñar, pero quedan campos verbales por desbrozar.

Algo de esto ya debe rondar por la privilegiadamente alta cabeza del ministro comisario del Plan de Desarrollo, porque en el reciente Congreso de Estocolmo se dejó fotografiar en bicicleta, en un simpático gesto de debilidad infraestructural que no debe haber sentado nada bien a la Seat. Pero hasta esta concesión, que sería electoral en cualquier parte del «mundo de la elegibilidad» puede volverse en contra del ministro si sus enemigos políticos le buscan las tres ruedas a esa bicicleta. Es decir: cuando Santana empuña una raqueta, aumenta la venta de raquetas. El señor López Rodó, especialista en administraciones, conoce el recurso de las valoraciones indirectas y conoce el riesgo que podría derivarse de una investigación sobre el aumento de venta de bicicletas en España a partir de su ya famosa fotografía.

Y es que hay que empezar a creer en la existencia del «boom» en política. ■

SIXTO CAMARA